

NOSOTROS MISMOS

Demasiadas veces una cuestión concreta ha asaltado mi mente, vuelve a hacerlo en este preciso instante en el que estoy a punto de abandonarme al sueño. ¿Quién soy? Ágata. Mi nombre es lo primero que viene a mi cabeza, aunque no logro encontrar una respuesta más concreta a tal pregunta. Invariablemente después de esto llegan otras más. ¿Yo soy yo realmente? Es decir, ¿hay algún momento en el que la sociedad no me dijera qué debía hacer?

Si alguien me preguntase cómo definiría mi vida supongo que podría sencillamente mentir, quizá incluso contar medias verdades que en algún momento me podrían llegar a convencer incluso a mí. ¿La verdadera respuesta? Estos años han sido dictados por una inercia arrolladora y voraz, gracias a la cual tan solo he visto el tiempo transcurrir ante mis ojos con una pasividad pavorosa.

He tenido constantemente, a lo largo de un considerable espacio de tiempo, la inexorable sensación de estar atrapada en una rutina, la cual con el tiempo he llegado a percibir como completamente ajena y opresiva.

Se supone que tenía sueños. Si echo la vista atrás puedo decir que creía con total seguridad poder lograr todo aquello que me propusiese. Me he llegado a preguntar una cantidad ingente de veces qué habría pasado si hubiese seguido aquel camino que dictaba mi corazón.

Después llegó el mundo a decirme que no podía, que aquello era solo la vaga idea de querer ser astronauta, sostenida a lo largo del tiempo, desde ese típico momento en el que en el colegio te preguntan qué quieres ser de mayor.

Supongo que poco a poco se fue infiltrando en mi mente la idea de que aquello de la astrofísica no era lo mío y, aunque la concepción general de mis aspiraciones fuese que sencillamente eran prácticamente inalcanzables y excesivamente altas, hubo un par de opiniones que prevalecieron dentro de mí

por consistir en que no podría alcanzar aquello que deseaba por el simple hecho de ser mujer.

Todavía resuena en mi interior aquella voz perteneciente a una de las personas que debería haberme apoyado en una etapa tan delicada como es la adolescencia y, sin embargo, fue una de las principales razones por las que mis anhelos se fueron extinguiendo.

Aunque este, desde luego, no fue el único aspecto de mi vida que no se asemejaba en nada a mis pasadas esperanzas. Con esto me refiero tanto económicamente hablando como a mis relaciones personales.

Un día, otro día y otro día más, repitiéndose ante mis ojos como si se tratasen de la misma película, siendo reproducida ininterrumpidamente. Y esto en el mejor de los casos, ya que hay otros en los que únicamente siento como la desesperación me gana, incluso teniendo la sensación de que solamente el hecho de existir duele.

No alcanzando ni mis expectativas ni las ajenas. Entre estas se encontraban los estándares de belleza, mientras que, en la televisión, medios de comunicación y revistas se propugnaban unos estereotipos excesivos, en los cuales, gracias a la arbitrariedad de la genética, no terminaba de encajar. A día de hoy sigo teniendo periódicamente la imperiosa necesidad de seguir la dieta que en ese momento se halle de rabiosa actualidad.

Ahora bien, si contemplas la cirugía estética como una opción plausible se susurrarán improperios variados por doquier, como si absolutamente todo aquello que proyectas al mundo fuese también producto de una operación.

Por otra parte, desde la infancia se tiene la concepción de que un requisito indispensable para tener una vida plena es tener una pareja, para quizá después formar una familia. Y se piensa que es así hasta el punto en que tú misma y el resto del mundo sentirán que te falta algo porque esto no ocurra.

Solo puede ser descrito como presión social. La absurda presión social que sabemos que está ahí en todo momento y, sin embargo, a su vez se conjetura que es fácilmente eludible.

Pero es difícil ir incansablemente contra aquello que se espera de ti, así que invariablemente termina llegando la resignación. Resignarse a no ser lo que quieren. Resignarse a no querer aquello que eres.

Hay días en los que, como hoy, sin ir más lejos, me planteo si podría cambiar mi situación. En definitiva, hacer aquellas cosas que siempre he deseado desde lo más profundo de mi alma, aunque, como siempre, son una mera intención, sin que termine de llevarse a cabo.

Cualquier *coach* barato proclamaría que el cambio empieza en primera instancia en nosotros mismos. Algo en mí me susurra que eso no es del todo cierto, que no es así de fácil, mas si no se tiene voluntad jamás se podrá llegar a obtener aquello que deseamos.

Imagino lo que me deparará el día de mañana, lo que sobrevendrá en aquella amalgama informe de suposiciones a la que llamamos futuro.

Nada cambiará, lo sé. No obstante, todavía tengo tiempo para transmutar el desaliento que me produce la insufrible monotonía.

Sé que mañana a la luz del día estas aseveraciones me parecerán ridículas, pero mientras me hallo en este espacio de tiempo en el que no puedes conciliar el sueño todo adquiere una espeluznante claridad.

Recurrentemente tengo la sensación de que mañana será ese momento en el que transformaré mi vida y, ¿por qué no?, también el mundo. Hoy no ocurrirá y para qué engañarnos, mañana tampoco.

Fantaseo con ser una de esas activistas que alzan su voz contra las injusticias del mundo. Probablemente la causa con la que me siento más comprometida es con la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres.

Realmente deberíamos defender todo aquello en lo que verdaderamente creemos.

Quizá mañana empiece a cambiar el mundo, pero hoy no será ese día.

Mañana volveré a mi cómoda a la par que desesperante rutina, pensando que en un futuro incierto emprenderé acción de algún modo, sin hacer nada durante un tiempo indefinido, que con toda seguridad se transformará en un nunca.

Siento el sopor del sueño invadirme.

Mi último pensamiento consiste en lo tontas que suenan tales cavilaciones. Yo sola jamás podría hacer algo semejante a convertir mi realidad.

Aun así, en mi interior sigue habiendo una trémula voz que susurra: *el cambio empieza por nosotros mismos.*